

que antes cupo en Acultzingo y Barranca Seca á las hordas de Zaragoza y Doblado, tendrán en cuantas ocasiones oseen esperar al nunca vencido ejército francés y al entusiasta nacional, porque ellos defienden la causa de la independencia y nacionalidad de México y aquéllos la de la barbarie y el pillaje. Continúad, pues, teniendo confianza en el ejército franco-mexicano y en vuestro compatriota—*Juan N. Almonte.*—Orizaba, Junio 15 de 1862.”

Este llamamiento no produjo efecto de ninguna especie y la situación siguió siendo de lo más grave.

Sin la bella y enérgica conducta del capitán de navío Rose, que mandaba en Veracruz, quizás hubiésemos perdido ese puerto y, por consiguiente, toda comunicación con Francia. Afrontando todas las dificultades, este oficial supo mantener la pequeña tropa que había quedado bajo sus órdenes, á pesar de las malas noticias que disminuían su energía y á pesar de las fiebres que le diezmaban. Más aún: se esforzó en preparar un convoy de víveres, acudiendo de esta suerte, no obstante su propia crítica situación, al socorro del ejército.

No fué el único que diera muestras de bravura y de espíritu de sacrificio tanto más grandes, cuanto que se ejercían en un teatro menos brillante; y nos prometemos extendernos alguna vez acerca del papel importante y admirable desempeñado por la marina durante toda la expedición.

La retirada de Zaragoza había devuelto cierta seguridad á las tropas de Orizaba, á donde llegara en la primera quincena de Junio el general Douay, con trescientos hombres de refuerzo y, precisamente, á tiempo para cooperar á la defensa de la población; pero era muy difícil hacerse de vituallas y, para colmo de desgracias, escaseaba grandemente el dinero. Además, Márquez que con sus soldados habíase, por fin, unido á nuestro ejército, no pretendía prestar desinteresadamente su concurso. Y era un tormento para el pagador en jefe, tener que satisfacer las exigencias de esas gentes que tenían más de bandidos que de soldados, mientras nuestros hombres soportaban mil sufrimientos.

Puedo, todavía acerca de este punto, como acerca de tantos otros, dar una prueba de semejante estado de cosas, gra-

cias á un documento inédito que arroja dolorosa luz sobre la historia de ese período. Es una carta del general Lorencez á M. Ernesto Louet, á propósito del famoso Márquez:

“Orizaba, 21 de Junio de 1862.

Señor pagador:

He hecho preguntar á Ud. si se encuentra en la posibilidad de suministrarme 4,000 pesos. No se trata aquí de agradar ó desagradar á personas que pudieran no ser simpáticas para Ud. Le ruego que ponga á un lado toda cuestión personal, como lo hago yo mismo. Se trata de pagar á la parte del ejército de Márquez encargado de proteger nuestro convoy; y me limito á decirle que si no puede procurarme esos 4.000 pesos, la existencia del ejército podrá verse comprometida.

Reciba Ud.....etc.—*General conde de Lorencez.*”

Por fin se logró vencer esas dificultades, dando cada cual el ejemplo de la abnegación y del deber.

Más libre en sus movimientos el general Lorencez escalonó sus tropas en Córdoba, en el Chiquihuite, en la Soledad y en Veracruz, para asegurar los convoyes. Luego, confiado en el valor de sus soldados que no se desmentía, á despecho de privaciones, de las tristezas de la situación y de lo insalubre del clima, esperó noticias de Europa.

Cuando se supo el fracaso de las tropas francesas ante Puebla, la admiración fué considerable en Europa y la emoción profunda en Francia. Sin reflexionar en el pequeño número de nuestros soldados ni en las dificultades de toda clase con que había de tropezar una expedición tan lejana, todos se sentían estupefactos al encontrar semejante resistencia en un pueblo que se consideraba, no sin complacencia, sin fuerzas y sin ejército, una especie de conjunto de tribus, sin cohesión, más bien que una nación organizada. Más adelante, se han repetido para Europa las sorpresas de este género, de tal suerte, que ya está un poco acostumbrada á la idea de que existen hombres por todas partes, lo mismo en Tonkin que en Massaouah, en Kartoum como en Zanzibar.

Francia que, por lo que respecta á la gran mayoría de sus habitantes, había visto con pena cómo el gobierno imperial se lanzaba en una aventura no sólo peligrosa, sino, en concepto de esa gran mayoría, poco justificada, Francia se estremeció

como un solo hombre; y, viendo comprometido el honor nacional y que era necesario para su fama vengar el fracaso sufrido por su bandera, no regateó ni hombres ni dinero.

No faltaron en el Cuerpo Legislativo y en la prensa voces discordantes; pero el atribuir las á profunda perspicacia, sería sencillamente ingenuo: aquellos que hablaron contra la extensión dada á la expedición y cuyos discursos sirvieron sobre todo para avivar la resistencia de nuestros enemigos, no lo hicieron porque fuesen más clarividentes, sino, en puridad, porque eran opositores. La prueba de ello es manifiesta: habiendo cambiado las posiciones veinte años más tarde, los papeles cambiaron á su vez.

El Emperador había resuelto elevar á treinta mil hombres el efectivo del cuerpo expedicionario. El general Lorencez, promovido al grado de general de división, no podía recibir el mando en jefe del nuevo ejército. Además, no estaban contentos con él en París: se le censuraba, sobre todo, por su animosidad contra M. Dubois de Saligny, cuya influencia seguía siendo preponderante á pesar del aspecto malo que tomaran los acontecimientos y á pesar de que los hechos hubieran dado un patente mentis á sus optimistas previsiones.

Deseoso de conservar el prestigio de comandante á los ojos de sus soldados, el Emperador dirigió al general Lorencez una carta que se insertó en la orden del día del cuerpo expedicionario.

“París, 15 de Junio de 1862.

Mi querido general:

“Supe con placer el brillante hecho de armas de las Cumbres y con pena la falta de éxito del ataque dirigido contra Puebla.

“Es ley de la guerra el ver que algunos reveses obscurezcan á los triunfos deslumbradores; mas no por esto perdáis vuestro valor: el honor del país se encuentra comprometido y se os sostendrá con todos los refuerzos necesarios.

“Expresad á las tropas que se encuentran á vuestras órdenes, toda mi satisfacción por su valor y por su perseverancia para soportar las fatigas y las privaciones; mientras más lejos se encuentran, más solícito me intereso por ellos.

“He aprobado vuestra conducta, aunque parece que no todo el mundo la ha comprendido.

“Habéis hecho bien, protegiendo al general Almonte: habiéndonos en la guerra con el actual gobierno de México, todos los que quieran refugiarse al amparo de nuestra bandera, tendrán igual derecho á nuestra protección; pero ella no debe ejercer influencia alguna en nuestra política futura. Imponer un gobierno cualquiera al pueblo mexicano, sería contrario á mis intereses, mi origen y mis principios.

“Que escoja con toda libertad la forma que le convenga. Yo no le pido sino sinceridad en sus relaciones exteriores y no deseo más que una cosa: la felicidad y la independencia de ese bello país, bajo un gobierno regular y estable.

“Sin más, os renuevo la seguridad de mis sentimientos.”

NAPOLEON.”

Pero junto con esta carta, destinada á la publicidad, el correo llevaba otra, harto diferente, del Ministro de la Guerra:

“Mi querido general:

Recibo en este momento una orden del Emperador, que me impone la obligación de dirigiros las observaciones siguientes:

El Emperador admira el valor desplegado por los soldados en el ataque contra Puebla; pero Su Majestad no ha encontrado oportuno ese ataque. La artillería no debió ponerse en batería contra fortificaciones situadas á la distancia de 2,500 metros.

El Emperador os recomienda que os conservéis buenas relaciones con M. de Saligny, que es su representante en México, así como con el señor general Almonte y demás jefes mexicanos, que acudan á nosotros.

El general Forey tomará pronto el mando general: mientras tanto, no hagáis otra cosa más que organizar resistencia y aprovisionaros.

El correo va á partir y ya no tengo tiempo sino para renovaros, mi querido general, las seguridades de mi afecto.

MARISCAL RANDON.”

Al mismo tiempo, se llamó al coronel Letellier-Valazé, jefe del estado mayor, que se mostraba particularmente agresivo, contra nuestro ministro plenipotenciario, circunstancia que pudo muy bien resucitar el recuerdo de los ataques que dirigiera.

en otro tiempo, cuando era edecán del general Changarnier, al Príncipe Presidente.

El general Lorencez se mostró muy ofendido con esos procedimientos y con esos reproches y también no poco herido por las correspondencias que reproducían los periódicos de Francia, en las cuales se criticaba violentamente su conducta: persuadido, con razón ó sin ella, que la principal de estas correspondencias, al mismo tiempo que la más hostil procedía del general Félix Douay, que llegara de Francia el 16 de Mayo, para desempeñar las funciones de segundo comandante, no creyó deber desistir de la solicitud que había hecho de regresar á Francia en cuanto llegara el general en jefe.

Rehusó el mando de una división que se le había reservado en los cuadros del nuevo cuerpo de ejército. Tenía prisa de comparecer ante el Emperador para justificarse, y sobre todo, para combatir la influencia de M. Dubois de Saligny.

Su efectiva bravura, la dignidad de su carácter y sus virtudes militares le habían hecho merecedor de las simpatías de todo el ejército. Su antagonismo con nuestro ministro y su resolución de no dejarse dominar por él no habrían hecho mas que aumentar esas simpatías. Aprovechó el derecho que le asistía de dirigir la palabra á las tropas que iba á abandonar para expresar libremente su amargura:

“Soldados y marinos:

“El Emperador ha decidido que el cuerpo expedicionario de México se eleve á 25,000 hombres, cuyo mando ha confiado al señor general Forey, caballero gran cruz de la Legión de Honor y Senador.

“Soldados y marinos: Os digo adios. Mientras viva, pensaré con orgullo en los días de peligro y de gloria que hemos pasado, cuando os mandaba en jefe. Llegará el día en que la historia refiera cómo, después de la retirada de los ingleses y los españoles y de la defección de los jefes de la parte de la nación mexicana que solicitara la intervención francesa, un pequeño cuerpo de ejército de seis mil hombres supo mantenerse, intrépido y fiero, en el corazón de un Estado inmenso y á 2,500 leguas de su patria. La historia dirá que un ejército francés parece haber venido á México para ofrecer al nuevo mundo el es-

pectáculo de todos los valores y de todas las virtudes guerreras.

“Ya el desprecio público ha hecho obra de justicia con la bajeza de nuestros detractores. No pasará mucho tiempo, creedlo, sin que se desenmascaren las mentiras imprudentes y sin que el ejército de México reciba satisfacción cumplida.

“Dentro de poco, cuando yo llegue al suelo de la patria, todos acudirán á pedirme noticias vuestras: yo responderé que se preparen á recibiros bien y á honraros á vuestro regreso, porque en México, lo mismo que en Crimea, que en Italia y que en Africa, habéis sido los soldados valientes y los dignos hijos de Francia.

“Adiós, soldados y marinos: mis votos irán siempre con vosotros y vuestro recuerdo vivirá siempre en mi corazón.

“El General de División:—*Conde de Lorencez.*—Orizaba, 20 de Octubre de 1862.”

El 25 de Octubre, entregó el mando al general Forey; y al partir el 10 de noviembre, fué objeto de una conmovedora manifestación: la mayor parte de los oficiales del ejército se empeñó en acompañarle á caballo hasta dos leguas de la población.

\*  
\*  
\*

Después del afrentoso descalabro sufrido por el ejército juarista en Orizaba y el cerro del Borrego, se hizo necesario contra marchar hacia Puebla para pensar seriamente en fortificar esta ciudad, preparándose á resistir á los franceses, que pronto volverían. Mas sobreviniendo en seguida la muerte de Zaragoza, Juárez mandó para sustituirlo en el mando de las fuerzas de Oriente á González Ortega.

Acerca de este nombramiento plácenos transcribir aquí las apreciaciones que el impetuoso Bulnes, escritor liberal, asienta en su libro intitulado: “El Verdadero Juárez,” página 160.

“En la guerra hay que contar siempre con el recurso de los”  
“desesperados; los desaciertos del enemigo. Se han dado ca-”  
“sos en que el fuerte, por sus torpezas, haya dado al débil un”  
“triunfo completamente inesperado. Y los desaciertos del”  
“mando francés fueron suficientes para dar el triunfo á los”  
“mexicanos, los que no los obtuvieron porque su jefe el gene-”

“ral González Ortega y el gobierno de Juárez, á fuerza de **impe-**”  
 “ricias, se esmeraron en hacer imposible la victoria.”

“En cualquier país del mundo, aun en los bárbaros, **no se**”  
 “escoje para grandes operaciones de guerra al jefe que **ridícu-**”  
 “lamente ha fracasado mostrando con escándalo su **inmensura-**”  
 “ble ineptitud. En Roma, cuando un Cónsul sufría un **descala-**”  
 “bro ó derrota, se suicidaba ó perecía degollado por el **pueblo**”  
 “ó los soldados; entre los piratas la regla fué colgar del **tope**”  
 “del palo mayor al capitán que había cometido una **falta gra-**”  
 “ve; las hordas salvajes sacrifican á su dios feroz al jefe **res-**”  
 “ponsable de una derrota, y aun suelen comérsele; y en los”  
 “países civilizados, el General González Ortega, después del”  
 “Borrego, hubiera pasado á un consejo de guerra á **recibir la**”  
 “sentencia merecida por su incalifable impericia. Pero **Juárez**”  
 “dispuso las cosas de otro modo: después del Borrego **confió**”  
 “el mando supremo á González Ortega. Esta grave **falta co-**”  
 “rresponde á la responsabilidad personal de Juárez.”

Nosotros terminaremos por hoy respondiendo, en nombre de Juárez al Sr. Bulnes y por todo descargo, á sus contundentes inculpaciones.

“EN EL PAÍS DE LOS CIEGOS EL TUERTO ES REY.”

## El Centenario de Juárez y los juicios de Don Francisco Bulnes sobre aquel Benemérito.

Por el Lic. Don Manuel M. Alegre.

Justamente en vísperas ya del gran día 21 de Marzo de 1906, en que los buenos liberales de la República Mexicana nos preparamos á celebrar dignamente el primer Centenario del natalicio de Don Benito Juárez, Benemérito de la Patria y uno de los héroes de la Reforma, ha circulado un folleto publicado recientemente en la Metrópoli por el Sr. Lic. Don Manuel M. Alegre, con el título de “Muchos Pájaros con una Piedra.—Reflexiones sugeridas por la lectura del último libro de Don Francisco Bulnes.” Un ejemplar del citado folleto ha llegado hasta nosotros, y del cual reproducimos en seguida los capítulos principales, tanto por lo sensacional del asunto, cuanto porque nosotros gustamos de respetar y tomar en consideración toda clase de opiniones que sean sinceras, y porque algunos puntos

de vista del Sr. Alegre, nos van á servir de antecedente para el artículo sobre Juárez y la Reforma que publicaremos en el próximo número, de “LA GACETA DE GUADALAJARA.”

\*\*\*\*

Ciertas clases sociales se preparan para celebrar el Centenario del Sr. Juárez. No decimos que la Nación se prepara, porque interpretaríamos falsamente el hecho. ¿Y por qué del Sr. Juárez y no de Morelos, ó de cualquier otro de nuestros hombres públicos?—Porque Juárez es un símbolo. ¿Símbolo de qué?—Símbolo de la Reforma, símbolo del partido liberal.

Lo anterior parece catecismo, pero así se explica mejor la situación. Nada de inconveniente veríamos en el Centenario, si fuera un movimiento espontáneo del pueblo mexicano, que tuviera por solo objeto una manifestación efusiva de sus sentimientos de admiración ó de gratitud hacia uno de sus hombres públicos prominentes. Pero no es el pueblo el que la promueve, y el predicado “símbolo”, implica algo más que la sola gratitud popular.

Que ese movimiento no es espontáneo ni popular, basta para sospecharlo ver las listas de algunos de los comités.

Nombres hay en ellas que no acusan filiación con la idea de la Reforma, ó con los principios liberales; y que retrocediéndolos algunos años, los encontraríamos probablemente en antagonismo con las ideas que representaba el Sr. Juárez. ¿Cómo es que tratan ahora de deificarlo?

El movimiento no es popular ni espontáneo. Es netamente burocrático; es netamente la obra de ciertas clases sociales preponderantes. Es obra de las clases oficiales y de los merodeadores de la política, que forman legión. Los fondos públicos se están aplicando profusamente. Naturalmente, el pueblo, sobre todo la clase analfabeta, le hará bulto, pues para eso sirve en todas ocasiones.

Un amigo nuestro nos explicaba las cosas, en días pasados, como una idea luminosa, de esta manera: “La mente de cierto elemento social que promueve el Centenario, es constituir al Sr. Juárez en un símbolo, para oponerle al partido clerical, que cada día gana terreno en el ánimo público.” Todavía no nos satisface esta pueril explicación: pero aceptándola, se ve que el

COLEGIO DE GUADALUPE.—16.